



“LEYENDAS de Achar”: así me pide que intitule a esta leyenda extraordinaria que embellece los pagos del Arroyo Achar en el departamento de Tacuarembó (Uruguay), la persona que me la trasmite, (1) tal como la oyó a su vez en su adolescencia, de boca de un viejo gaucha en el mismo paraje en que sucedió el episodio — y como es de suponerse — narrado en las lerdas horas del campo, durante las consejas nocturnas de la cocina, de aquellas cocinas grandotas, tostadas por la estrella humeante del fogón.

Diz que eran dos hermanos, gauchos como para un apuro; y en lides de amor capaces de llevarse en ancas al lucero de la mañana.

Y así fué nomás, puesto que uno de ellos si no enancó sobre su flete a la mentada estrella, símbolo de la belleza vespertina, enancó en cambio a la flor del pago, que también es lucero. Y, naturalmente que estrella por estrella, hasta los poetas nos quedamos con la de la tierra que es el sueño y la ilusión al alcance de la mano.

Bien: siguiendo el hilo de esta historia repito que eran dos hermanos: Cruz y Patricio, de apelativo Colmán. Y no sólo lo eran en el hecho de llevar la misma sangre y apellido, puesto que los hermanaba también igual nobleza, igual valentía y un compañerismo en el compartir las horas de la vida a prue-

(1) La noticia sobre esta leyenda de belleza extraordinaria, me fué transmitida por la Señora Elisa Santiago de Martínez, oriunda de Achar, quien se la oyó narrar al gaucha Carolo, el más viejo vecino del lugar.

ba de todo, es decir, a prueba de todo menos de lo único que no se puede tener a medias, o en soledad: la mujer amada.

Y la mujer amada — amada por ambos al mismo tiempo — los separó para siempre, de arriba abajo, como un hachazo violento a favor de la veta. Ella se llamaba Clorinda, y era hija de un puestero de la gran estancia en que los hermanos trabajaban como peones.

Mientras se criaba, mientras fué pimpollo, no llamó mayormente la atención, ni daba perfume, ni tenía color. Pero a la muchacha le llegaron los quince años, y al sentir la vida, el amor, ese amor de aún no se sabe por quién, que

ron el rancho. Y todos la tuvieron en su ser, de arriba para abajo: un poco en la frente, un poco en el pecho, un poco en el sexo.

Pero ella, coqueta y linda: a éste un silencio; a aquél un desprecio; a otro un “no quiero”; hizo que los mozos fueran raleando sus visitas al rancho, menos Cruz y Patricio, los hermanos Colmán. Y dicen las mentas o las malas lenguas, que a los dos los quería, o que jugaba con los dos, pues no se decidía por ninguno, ni a ninguno rechazaba.

Y en este juego ganó el más osado, el más decidido, que así acontece siempre en lides de amor.

El más decidido fué Patricio, y una noche de luna se la llevó en las ancas, sobre el poncho doblado en dos, a la manera de aquellos tiempos; sin que lo supiera nadie... nadie menos las viejas, que siempre son las adivinas y las cronistas del pago.

Y las viejas le dijeron a Cruz lo que había sucedido, y Cruz envenenado por los celos, ensilló su caballo lunarejo y salió a recuperar lo que también creía suyo: Clorinda; con amor o sin él, pero Clorinda!

Las brujas que le llevaron la noticia no se la dieron desnuda, por cierto; y entre los detalles, mitad verdad y mitad mentira con que la vistieron, no faltaba, eso sí, la verdad del rumbo.

— Agarraron como para la barra del Achar.

Iban al trote chasquero, en el moro grande. Le chispiaba el preparó a la luz de la luna. Y en seguida, esto, que era casi un consejo: bandiá y tirate para el lado del pueblo, que estos buscan cura, o monte.

No precisaba más el hermano burlado, y salió buscando la barra del arroyo Achar en el Río Negro.

Con luna lunanca en el cielo, bichos de luz sobre el pasto, y rabia y opresión en el pecho, como si llevara las boleadoras atadas al pesnezo en vez de a la cintura, fué eneblando en el rumbo las horas de la noche.

El día empezó a pintar como un re-

LEYENDAS de ACHAR

Por FERNAN SILVA VALDES

sienten las mujeres a los quince años, le coloreó las mejillas de adentro afuera, con pinceladas de sangre; y le brilló en los ojos; y le blanqueó la sonrisa; y le abultó los pechos; y le clavó una vara de junco de la cabeza a los talones como una nueva columna vertebral. Y como aquellos ojos de niña miraron en mujer; y aquellos labios sonrieron en medias luna de amor — como quien dice mentando al cielo; — y aquellos pechos temblaron de pasión, y el junco de aquel cuerpo se cimbró con esbeltez, Clorinda se convirtió en la flor del pago infaltable en las leyendas de amor.

Y todos los mozos del lugar ronda-

cién nacido. Allá por encima de los montes, el sol salía como un as de oros. Y en el playo del paso los alcanzó a ver. Le taparon el sol y se le agrandaron varios cuerpos, como en una pesadilla. Lanzó una exclamación mezcla de alegría y de coraje; le clavó las nazarinas al oscuro, y a poco nomás estuvo cerca de ellos. Marchaban al trote, sin apuro, como quienes no llevan prisa por llegar a un destino, ya que el destino, o lo habían alcanzado, o lo llevaban en sí mismos.

Patricio, cuando lo vió llegar, sin huir — que no era hombre de hacerlo — echó pié a tierra, le dió a ella las

(Continúa en la Pág. 103)

Colaboración

Dedico con todo cariño esta brevísima evocación a mi querida directora y amiga, Luisita Lanzani.

Cómo permanecer impasible ante un espíritu sincero y elocuente. Imposible! Toda mi admiración para ella recordando sus actos todos ellos meritorios y honrosos.

Desde pequeña fué estudiante activa y laboriosa, donde más tarde su vocación la llevó a incorporarse a las bulliciosas aulas del magisterio.

Luego de salvar todo obstáculo, la vemos triunfante, con su eterna sonrisa bondadosa, convertida en una madrecita de escuela, como las llamo yo a las maestras, que lo sacrifican todo en aras de sus pequeños hijitos. Ella les da su saber, temple su alma y deja en aquel salón de clase, poco a poco, sin darse cuenta, sus mejores alegrías, sus preocupaciones de la escuela y lo mejor de su juventud.

Ha hecho ella de su profesión un apostolado, que se prolonga fuera de las horas de clase. Aquí vemos a nuestra querida e infatigable directora de "Mundo Infantil", activa y consecuente donde todos los colaboradores de tan simpáticas páginas llevamos de ella recuerdos imperecederos.

La veíamos ayer en la sencilla pero elocuente flestita que dedicamos con el alma a aquellos pequeños aislados, que carecen de lo más sagrado y sublime, de su madrecita, que quizá muchos no conocieron. La señorita Lanzani estaba en todo y pudimos observar al salir del inmenso portal del Asilo Dámaso A. Larrañaga, en su rostro sereno algo melancólico una satisfacción íntima, que sólo ella sabía interpretarla, esa satisfacción única: de sentirnos buenos y grandes por el bien ajeno.

Estos son los humildes y sinceros conceptos que me merece mi buena y muy querida directora. — Chichita Kátia Galbani.

Buzón Infantil

—Envío por "Buzón Infantil" un montón grandote de besos a los amiguitos que prestaron su valioso concurso para que nuestra flestita a los niños del Asilo obtuviera el éxito tantas veces realizado... en sueños. Parece que desde que tenemos la insignia nos hemos impuesto el deber de

ser buenos, pues ya hemos realizado dos visitas al Asilo y no serán únicas, ¿verdad?

¿No sentís en el alma un gozo, una alegría indescriptible? Es la obra buena que acabáis de hacer. Quisiera que me manifestarais vuestras impresiones sobre lo hecho, ¿Qué piensan hacer ahora?

Reciban todo el cariño de esta amiguita que os quiere de corazón. — María Esther Rodríguez.

Un Desesperado

(Continuación de la pág. 15).

caja de la ciudad y en ninguna de esas casas se pensaba en él; y, sin embargo, era su pueblo, allí había nacido, trabajado y amado...

Mientras su imaginación rumiaba esas palabras, se abrió una puerta y de un café salieron muchos hombres. Entonces tuvo miedo de que lo vieran a esa hora en mitad de la calle, con su tristeza auestas, como si no tuviera ni casa ni fuego. Aturdido dió vuelta en dirección al camino de hierro...

Tres cuartos de hora después, llegó el último tren. Una vez dada la señal de partida, la máquina silbó estridentemente. Los pasajeros inquietos se acomodaron a las ventanillas. En la estación se notó cierta agitación entre los empleados, algunos hablaban con excitación, otros examinaban los rieles, otros se dirigieron hacia la señal.

Un viajero que se había bajado para enterarse de lo que había, le dijo a un compañero de viaje:

—Creo que hemos arrollado a alguien!

Una señora dió un grito:

—¡Dios mío!

El mismo hombre que instantes antes había dado la primera noticia, asomó de nuevo la cabeza por la ventanilla y volviendo al interior del vagón, dijo:

—¡Parece que es un viejo!...

En ese momento el jefe de la estación hizo una señal al maquinista y la máquina, dando un fuerte silbido, empezó a rodar bajo la oche estrellada...

Leyendas de Achar

(Continuación de la Pág. 10)

riendas del montado y esperó a su hermano. Hubo pocas palabras y grandes hechos:

—Me la robaste!

—Hermano, no te robé nada porque era mía. Ahí la tenés. Preguntale con quien de los dos quiere dirse. Si me la llevo, me la llevo a ley de amor.

Ella, con silencio nervioso, aprobaba las palabras de su amado. Y Cruz, farto de argumento desvainó el cuchillo.

Patrio también, y se fueron uno sobre el otro.

Clorinda dió un grito de espanto. El caballo se asustó y partió al galope. Quedaron solos frente a frente, acollardados por la coyunda del rencor.

Una nube les borró la luna y la noche cerró los ojos con miedo de verlos.

Pelearon.

Se hirieron una y otra vez. Hasta en eso fueron parejos los dos hermanos: hasta en el darse de puñaladas, hasta en el resistirlas. Y no venció uno, vencieron los dos; o si les gusta más: perdieron los dos. Y antes de caer, el último esfuerzo fué para despedirse. para tenderse las manos en un apretón trágico y único, sin ejemplo conocido, despedida sin padre ni madre, que yo sepa: despedida guacha.

Allí murieron. Allí los sepultaron uno frente al otro; esta vez no acollardados por el rencor, si acollardados por el compañerismo voloroso que tornaba a la hora de la muerte, a la querencia de sus corazones.

A ella la llevó el caballo hasta la orilla de la laguna. Por allí anduvo, desmenuada como un sauco, dos o tres días, hasta que un atardecer, atándose al pescuezo el último gemido se tiró al agua.

De ahí parte la leyenda de la "laguna asombrada", pues todos los viernes santos, aniversario del suceso, a la misma hora en que éste tuvo cumplimiento, se oye un grito de mujer seguido del ruido que hace un cuerpo al caer al agua.

En cuanto a ellos, los hermanos, dieron motivo con su muerte extraordinaria de romanticismo y de trágica poesía, a la leyenda de las dos lagunas que se denominan "de las maletas", las cuales según la tradición, se formó del siguiente modo: en el lugar en que fueron sepultados uno frente al otro, como ya sabemos, nacieron dos charcos los que, andando el tiempo, fueron agrandándose año tras año, hasta ser hoy esas lagunas hermanas que están unidas como por un puente de tierra, ya que las aguas quien sabe por qué misterio, dejaron seco el lugar en que los hermanos, sin fuerzas ya para seguir empujando los cuchillos, se estrecharon las manos por última vez, perdonándose su odio, hijo del amor hacia la misma mujer, en el momento solemne de llegar a la gran portera de la muerte.

FERNAN SILVA VALDES.

SCHUCO-STUDIO

"PARA EL JOVEN MECANICO DE COCHES DE CARRERA"

Igual como en la realidad, así es el juego.

(Igual que la carátula).

El auto de enseñanza. Un juguete con muchas y nuevas probabilidades, de valor técnico estable para pequeños y mayores. Un modelo de enseñanza para futuros automovilistas.

La caja completa con herramientas y repuestos para la construcción total del auto al excepcional precio de \$ 1.95.

El auto solo ya armado, con herramientas y ruedas de goma a 1.50.

La Casa Incompetente en sus ofertas
EL PARAISO DE LOS NIÑOS

Sarandí 620.

